

oaulia

E° 3

Plantas interiores :
como cuidarlas
como comprarlas

Paravillas de joyas
en bronce y fierro

Humor :
los donjuanes chilenos

Por qué los niños
no quieren estudiar

Y un molde de regalo !





la mujer chilena y el aborto

Epidemia, crimen o problema, el aborto es hoy en día un azote mundial. Y Chile no se queda a la zaga. Mientras en Japón hay uno por cada nacimiento, y en los Estados Unidos suman un millón cada año, en nuestro país se producen 150 mil abortos anuales, que son causas de alrededor de la mitad de las muertes maternas. Los hospitales del Servicio Nacional de Salud atienden 67 abortos por cada cien partos, con gastos que sobrepasan el millón de dólares. Y más allá de las cifras hay mujeres y mujeres que por problemas económicos, sociales o conyugales, a pesar de que existen métodos anticonceptivos sencillos y a su alcance, tienen que recurrir al aborto para eliminar un hijo que no desean. Y con esto hacen peligrar su vida y alimentan una industria ilegal y criminal, la de los médicos, matronas y aficionados que "hacen remedio".

Prevenir el aborto, tener los hijos deseados. Parece fácil decirlo, fácil escribirlo, fácil leerlo. Pero tan difícil de hacer. ¿Por qué las mujeres abortan? ¿Por qué algunas lo hacen con naturalidad, sin mayores problemas de conciencia? ¿Por qué para otras es un crimen horrendo?

Iris, sencillamente, relata así su historia:

"Tenía 18 años cuando aborté y todavía lo recuerdo como si fuera ayer. Vivía en una residencial para estudiantes de provincia y cursaba segundo año de pedagogía. Pololeaba con Ricardo desde hacía 5 años y lo quería locamente. El estudiaba en Valparaíso y viajaba los fines de semana a Santiago para verme. Yo era hermosa, me sentía hermosa y el amor me daba alas. Me gustaba espantar a los demás con mis frases desprejuiciadas. Me sentía libre. Pero un día mi vida cambió...

Quedé embarazada. Sentí una mezcla de felicidad y desconcierto. Le escribí contándole. Se demoró en responderme y cuando lo hizo lloré de rabia y de pena. Estaba aterrado, qué haría él, perjudicaría su carrera, no teníamos dinero para casarnos, tenía que hacer algo. El idolo se desmoronó. Ricardo huía de la responsabilidad. Mientras mi vientre parecía crecer, él se iba, se iba. No vino a verme más. Comprendí con horror que todo lo que yo había predicado antes, era falso. Claro que me importaba tener un hijo y no un marido. Mi fami-

lia, puritana, me repudiaria; no sabía en qué trabajar, a quién recurrir, me echarían de la pensión. Estaba medio loca.

Recurrí a mi única amiga, Martita, bohemia, sin escrúpulos. Sabíamos que había médicos que hacían abortos, pero no teníamos idea quiénes eran, dónde estaban. Los dos pensamos en una misma persona: Cristina, esa compañera que había vivido con nosotras y que ahora estaba casada y tenía dos hijos. Claro, tenía que saber. Ella tampoco tenía idea, pero se las ingenió para averiguarnos todo, concertó, por intermedio de otros, una cita con un médico "especialista". A Cristina no la vi nunca, pero veía en ella mi salvación y la sabía reservada. Llegó el día y con mi amiga Martita nos encontramos, cual de las dos más atormentada en la sórdida sala de estar de una casa de mala muerte. Había cinco mujeres esperando, todas parecían empleadas domésticas u obreras. Nos miraban mucho, y me parecía que estaban felices de ver que también a las "niñitas bien" les sucedían estos percances. Algunas comentaban entre ellas anteriores abortos.

Me atendieron a las dos horas. Una camilla blanca, un médico joven de mirada profesionalmente cordial. Un grito agudo, la inconsciencia. Dos o tres recomendaciones. "Haga reposo, si sangra mucho, vuelva". Salimos como sonámbulas, asqueadas, sin atrever a mirarnos. Me sentí liberada físicamente, pero con un peso en el alma que todavía no se me quita.

Han pasado tres años, estoy casada y tengo un hijo. Mi marido sabe todo y no le importa. Pero a mí sí. El otro día encontré en la calle a Cristina, que me ayudó sin pedirme nada. Ella me miró felizmente sorprendida, pero yo la rehuí y me hice como que no la veía. Me recuerda mi delito".

nada más que una operación molesta

El caso de Margot es distinto. Profesional, casada, tres hijos, buena situación económica, para ella su aborto fue simplemente una operación molesta para evitar un hijo no deseado. No tiene en absoluto remordimientos. Nos contó:

"Desperté varias veces la noche vispera del acontecimiento. La doc-

tota había dicho que tomara sólo te puro y que estuviera en su estudio a las 11 de la mañana. Al llegar a la inofensiva casa, que por fuera es una residencia más del barrio alto, me senti acobardada. No me sentía arrepentida, pero pensaba que podía morirme. Ahí me di cuenta de que mi vida es muy importante desde que tengo tres niños.

Una empleada nos hizo pasar a mi marido y a mí, a un elegante salón con una acogedora estufa. Nos dejó solos y empezamos a observar el lujoso ambiente. Gruesas alfombras cubrían todo el piso, una chimenea de mármol rosado que ocupaba íntegra una muralla, una lámpara de finísimo cristal cortado colgando del techo, que en sus molduras mostraba sonrientes ángeles de estilo barroco.

Era un día oscuro y nublado. Pensé encender la luz. Los interruptores eran tan adornados que llegaban a ser de mal gusto. Dorados, con arabescos que se adherían a la muralla, creí que si se hacían funcionar darían una luz demasiado radiante.

Llevábamos una hora esperando en esa casa tan silenciosa, cuando un estridente timbrado precedió a una elegante señora que acompañaba a una chica muy joven, las dos visiblemente confundidas. Se sentaron frente a nosotros, sin un saludo. Muy silenciosos los cuatro, nos mirábamos en forma furtiva.

Media hora después la misma empleada que me abrió la puerta me condujo hasta una pequeña habitación en el interior de la casa. Allí me esperaba la doctora (con título retirado), y dos empleadas y enfermeras? con delantales de percale, preparando el instrumental. Me invitaron a tenderme en una camilla, sin zapatos, y me pusieron una inyección que me adormeció. Luego me amarraron el brazo derecho a una tablilla, que lo dejó inmóvil. Perdí la conciencia.

Cuando desperté, estaba en una cama, con un guatero a los pies y mucho apetito. Mi marido me contó los pormenores de mi conducta en la intervención. Había sido atroz. Al quedar inconsciente comencé a llamarlo, pidiéndole que no dejara que la doctora me tocara. "Déjeme, abortera", fue la más suave de mis frases. Me moví en tal forma hu-

yendo de sus manos que quebré la tablilla. Llamaron a mi marido para que ayudara a sujetarme. La doctora juró que no volvería a atenderme. Me levanté mientras mi marido iba en busca de un taxi. Nos fuimos y regresé a mi casa, donde comí con apetito. Francamente, me sentía muy bien, y sin remordimientos. La pesadilla había terminado".

cortar por lo sano

Son dos casos al azar, pero miles de mujeres han pasado por experiencias similares. Según una encuesta realizada por los doctores Rolando Armijo y Tegualda Monreal, de la Escuela de Salubridad de la Universidad de Chile, una de cada cuatro de las cuatro mil mujeres entrevistadas, reconoció haberse practicado un aborto.

La desinhibición de la mujer chilena en todo lo que se refiere a materia sexual permitió a los doctores Armijo y Monreal recopilar valiosos datos. Las entrevistadas tenían entre 20 y 49 años de edad, y pertenecían a tres áreas geográficas: Santiago, Concepción y Antofagasta.

Según la doctora Monreal, las mujeres que abortan son generalmente las que poseen una gran fertilidad y que sienten, por otro lado, la necesidad de limitar su familia. La obrera que va a la fábrica, la dueña de casa que asiste a cursos, que oye la radio y lee la prensa, amplian sus horizontes. Ya no se conforman con ser simples tenedoras de hijos. Y cuando van en el tercer o en el cuarto chiquillo, se rebelan y deciden cortar por lo sano. Y para ellas, cortar por lo sano es lisa y llanamente abortar.

Explicó la doctora:

"Es un problema que afecta a todas las clases sociales, pero que causa más impacto en los grupos modestos. Las mujeres con buena situación económica recurren a médicos o matronas que actúan con métodos adecuados y precozmente. Las que no tienen dinero, en cambio, quedan libradas a su suerte en manos de parteras aficionadas, y lo hacen tardíamente, cuando hay más riesgos de complicación. El médico hace raspaje directo; la aficionada utiliza la sonda, a veces sin esterilizar. O bien la propia mujer se provoca con un tallo

de perejil que dilata el cuello y la hace abortar".

Las mujeres que más abortan tienen entre 20 y 34 años. Son responsables del 82 por ciento de los abortos provocados. En Santiago, un grupo de mujeres que en conjunto habían tenido 187 abortos provocados, eran responsables del 13 por ciento del total.

Los delegados extranjeros que asistieron a la Octava Conferencia Internacional de Planificación de la Familia realizada este año en Chile, no daban crédito a que teníamos el record de abortos en una sola mujer: 35.

Sin embargo, la doctora Monreal conoce otro record: una mujer le confesó haberse practicado sesenta abortos. Tenía cuatro hijos y a su marido se le puso entre ceja y ceja que era estéril. Cada vez que a la pobre se le atrasaba la menstruación, se "provocaba" con métodos caseros, para hacerle el quite a una paliza por infiel.

el aborto como problema social

El aborto fue condenado ya en el siglo V antes de Cristo por Hipócrates en su famoso Juramento, en el que señalaba que no debía atentarse contra la vida de ningún ser. En Chile, la preocupación por esta materia nació después del año 30. Antes casi no existió como problema social. En 1925 se registraron solamente dos mil abortos. Antes de 1960 se hicieron algunas encuestas, pero con muestras hospitalarias que arrojaron resultados discutibles. Con los trabajos efectuados por los doctores Armijo y Monreal, de encuesta directa, únicos en el mundo, se logró un avance extraordinario.

De cada cien abortos practicados en Santiago y provincias, sólo 41 fueron a parar a un hospital. En un solo año, 1960, se atendieron 57.368, lo que significa que el número de abortos que realmente se produjo, incluyendo a los no hospitalizados, fue de 150 mil.

En un período de 24 años, desde 1937 (12.963 abortos) hasta 1961, el número de partos hospitalarios aumentó 1,8 mientras que el aumento para los abortos fue de 4,4.

Los hospitales del SNS gastan alrededor de un 10 por ciento de sus

Segue en la página 53



la mujer chilena y el aborto

Viene de la página 39.

ingresos en los abortos. Por cada cien partos, se atienden entre 20 y 68 abortos. Se utilizan en su tratamiento el 26,7 por ciento del total de volumen de sangre de los servicios de emergencia en la capital. Además, el 35 por ciento de las intervenciones quirúrgicas y el 17,7 por ciento de las transfusiones, corresponden a abortos.

En Chile mueren cada año 400 mujeres por esta causa. Y el 77 por ciento de los abortos pertenecen a mujeres que tienen entre uno y tres hijos.

Alrededor del aborto se ha formado una verdadera industria clandestina, porque en Chile el aborto es penado por la ley con prisión de 3 a 5 años tanto para el abortero como para la afectada. El aborto es sancionado tanto por el Código Penal como por el Código Sanitario. Y como el Colegio Médico se rige por las leyes imperantes en el país, el profesional que es sorprendido practicando un aborto recibe, la primera vez, una sanción económica; la segunda vez, es suspendido temporalmente de los registros del Colegio, y la tercera es suspendido definitivamente.

Y como todo lo clandestino, el aborto es caro. Además de los múltiples problemas que implica el hacer algo clandestino (la angustia de la espera, las averiguaciones sigilosas en el caso de las "primerizas", el temor, las posibles complicaciones) está la cuestión dinero.

Como en todo orden de cosas, aquí también rigen las diferencias sociales, más bien las diferencias de bolsillo. Y aquellos que no los tienen muy abultados, se ven en aprietos para conseguirse el dinero.

Pero hay de todos los precios. Desde el "de lujo", que comprende atención médica y pensionado por un día, a E^o 950, hasta el de E^o 50 a E^o 150, practicado por aficionadas.

Hay otros dos tipos de atención, que corresponderían a segunda y tercera clases. El primero cuesta E^o 450, y no incluye pensionado. Hay que pagar aparte la receta, por un valor de E^o 70.

El segundo cuesta E^o 250. También se cancela aparte la receta, por un valor de E^o 70.

peligros para la salud: más que un parto

El aborto tiene más riesgos que un parto. El peligro principal es la infección. El 88 por ciento de las muertes por aborto, se debe a esta causa. Una encuesta en 9 hospitales, reveló una tasa de mortalidad de 5 mil abortos, en comparación con 2 mil partos. La mujer que aborta se expone a un sinnúmero de trastornos: hemorragias, fallas renales, intoxicación provocada por las drogas, detención del corazón, embolia, esterilidad, graves trastornos psicológicos, etc.

De cada cien abortos provocados, 32 deben ser hospitalizados, por complicaciones.

La edad de las afectadas no parece guardar relación alguna con el riesgo de complicación. La paridad sí que influye. Las mujeres con mayor número de hijos, están más expuestas a las complicaciones. Asimismo, el mes de embarazo en el cual se provoca el aborto, está en relación directa con el riesgo. Este es mayor mientras más tardía es la interrupción del embarazo. El número de abortos previos no representa un factor agravante. Los más peligrosos son los primeros.

Si el aborto lo hace la propia afectada o una aficionada, es muchísimo más peligroso que si es practicado por un médico o una matrona.

Respecto al método empleado, la sonda representa el mayor riesgo, y el raspaje el menor. El tubo de goma (o sonda) es el método preferi-

do por la aficionada; y el raspaje, del médico.

Que el aborto fuera un problema serio hace diez, veinte años, cuando no se había generalizado aún el uso de anticonceptivos, no es raro. Pero que siga siendo un problema serio en 1967 no deja de ser sorprendente. Desde hace algunos años la labor desarrollada por los médicos para controlar la natalidad ha sido ardua. Pero lo que es raro, no se ha notado una disminución en el número de abortos.

La doctora Tegualda Monreal nos explicó:

"Da la sensación de que en tres años de programa no ha habido beneficio. Todavía más: se registró un aumento de un 15 por ciento de abortos provocados. Pero esto sucede siempre en la primera etapa de una acción. Por un lado, se ha reducido el grupo de mujeres que antes abortaban para limitar su familia, gracias a los métodos anticonceptivos. Pero se ha agregado otro grupo, formado por aquellas mujeres que antes no se preocupaban del tamaño de sus familias. Ellas no abortaban, sino que tenían a sus hijos. Pero ahora les nació paulatinamente el deseo de no tener más niños. Quieren usar métodos de control, pero como carecen de una información adecuada, recurren a las farmacias y compran anticonceptivos. Como no saben usarlos bien, a veces erran. Quedan esperando nuevamente y se sienten frustradas, decepcionadas. Es entonces cuando, por primera vez, recurren a un aborto".

Incluso fracasan algunas que son atendidas en consultorios de control de la natalidad, y que reciben información adecuada. Ya sea porque se les cae el anillo o porque no toman un día la píldora, se encuentran de repente embarazadas. La mayoría son mujeres modestas que razonan en forma muy lógica: "el doctor me recomendó este método. Como no resultó, él mismo tiene que hacerme "remedio". Y van impetuosas hasta los médicos ordenándoles que las saquen del "apuro".

Según la doctora Monreal "hay que prevenir el aborto dando a la mujer el derecho y la posibilidad de tener sólo los hijos que desee".

En otras palabras, generalizando e intensificando la información sobre control de la natalidad. ♦